

sus olas. Sus abismos solitarios no pueden nutrir viviente alguno:¹ ningun bajel ha surcado sus olas:² en sus orillas no se ven aves, ni árboles, ni un ramo verde; y sus aguas, á la par que estremamente amargas, son tambien tan pesadas, que los mas violentos huracanes no pueden apenas agitarlas.

Cuando se viaja por la Judea, al principio se siente el hastío; pero cuando se pasa de soledad en soledad, y se ve el espacio sin límite alguno, poco á poco se disipa el fastidio, y se siente un secreto terror, que lejos de abatir al alma, da nueva elevacion á sus ideas. Aquellas perspectivas tan extraordinarias anuncian por todas partes una tierra tantas y tantas veces milagrosa: el sol abrasador, el águila impetuosa, la higuera estéril, toda la poesía, todos los cuadros de la Escritura estan allí. Cada nombre contiene un misterio, cada gruta manifiesta el porvenir, cada cima de un monte resuena con la voz de un profeta. El mismo Dios habló en estas riberas; los arroyos secos, las rocas hendidas, los sepulcros entreabiertos, atestiguan el prodigio; el desierto parecia inclinado por el terror, y diríase que no se atreve á romper el silencio desde que oyó la voz del Eterno.

Bajamos de la cima del monte para pasar la noche en las orillas del mar Muerto y subir hácia el Jordan. Al penetrar en el valle se agrupó nuestra tropa: los betlemitas prepararon sus fusiles y caminaron siempre delante con la mayor precaucion, pues nos hallábamos en el camino que

1 Sigo la opinion general; pero luego veremos que tal vez no es esta bastante fundada.

2 Strabon, Plinio y Diodoro Sículo hablan de unas almadías, en las cuales van los árabes á coger el asfalto. Diodoro describe estas almadías, que eran de juncos tejidos. Tácito habla de un barco, pero claramente se engaña.

siguen los árabes del desierto cuando van á buscar sal al lago, y persiguen atrozmente á los viajeros. El frecuente trato de los beduinos con los turcos y los europeos comienza á empeorar sus costumbres, pues ahora prostituyen sus hijas y mujeres, y degüellan al caminante, á quien antes se contentaban con robar. De este modo caminamos dos horas pistola en mano, como en país enemigo, siempre por entre los arenales y las hendeduras que se habian formado en aquel logamo recocido por los rayos del sol. La arena cubierta con una costra de sal parecia un campo nevado, en el que se veian algunos arbustos raquíticos. De repente llegamos al lago, y digo de repente porque me creia muy distante aún, pues no percibia ni ruido ni frescura que me indicase su proximidad. Su pedregosa orilla abrasaba; el agua, enteramente muerta, no tenia movimiento alguno.

Ya habia cerrado la noche, y lo primero que hice al apearme, fué meterme en el lago hasta las rodillas y llevar el agua hasta la boca. No me fué posible retenerla, porque es mas salada que la del mar, y produjo en mis labios el efecto de una fuerte disolucion de alumbre. Apenas se secaron mis botas se cubrieron de sal, y las ropas, los sombreros y las manos se nos impregnaron de este mineral en menos de tres horas. Galeno, y despues Pococke, habian notado ya este efecto.

Acampamos á la orilla del lago, y los betlemitas hicieron lumbre para disponer el café. No les faltaba leña, pues la orilla estaba llena de ramas de tamarindos traídas por los árabes; porque éstos, además de la sal que hallan allí enteramente formada, la sacan tambien del agua por medio de la ebullicion. Y tal es la fuerza de la costumbre, que mis betlemitas, que hasta entonces habian marchado

con tanta precaucion, no temieron encender una hoguera, por la que fácilmente podian ser descubiertos. Uno de ellos se sirvió de un medio bastante ingenioso para que tomase cuerpo la llama, y fué ponerse encima de la hoguera cubriéndola con su ropa, que al instante hinchó el humo, y levantándose de pronto, el aire aspirado por esta especie de bomba, hizo salir una llama muy viva. Luego que todos tomamos café, se durmieron mis camaradas, y yo me quedé solo y despierto con los árabes.

Hacia la media noche oí algun ruido en el lago, y los betlemitas me dijeron que eran enjambres de pececillos que venian á saltar á la orilla, lo cual destruiria la opinion general de que el mar Muerto no alimenta en su seno viviente alguno. Hallándose Pococke en Jerusalem, oyó decir que un misionero habia visto algunos peces en el lago Asphaltite. Hasselquist y Maundrell encontraron algunas conchas en su orilla. Mr. Seetzen, que actualmente recorre la Arabia, no ha hallado en el mar Muerto ni hélices ni almejas, pero sí algunos caracoles.

Pococke analizó una botella de agua de este mar. En 1778, Mrs. Lavoisier, Macquer y Sage repitieron estos análisis, y demostraron que el agua contenia por quintal, cuarenta y cuatro libras y seis onzas de sal, á saber: seis libras y cuatro onzas de sal marina comun, treinta y ocho libras y dos onzas de sal marina con base térrea. Ultimamente, Mr. Gordon mandó hacer en Lóndres el mismo experimento. "La gravedad específica de estas aguas (dice Mr. Malte-Brun en sus *Auales*) es de mil doscientas once, siendo mil la del agua dulce: estas son perfectamente transparentes. Los reactivos demuestran en ellas la presencia del ácido marino y del ácido sulfúrico: no tiene alumbre; no está saturada de sal marina, ni muda los colores, como

el de tornasol ó el de violeta. Tiene en disolucion las sustancias siguientes en las proporciones que vamos á indicar:

Muriato de cal.	3.920
De magnesia.	10.246
De sosa.	10.360
Sulfato de cal.	0054

24.580 sobre 100.

Estas sustancias estrañas forman, pues, cerca de una cuarta parte de su peso en el estado de perfecta desecacion; pero desecadas solo á 180 grados (Fahrenheit), forman 41 por 100. El mismo Mr. Gordon, que trajo la botella de agua analizada, ha probado que los hombres se sostienen flotando en ellas, aun sin saber nadar."

Conservo un frasco de hoja de lata lleno de agua que yo mismo cogí en el mar Muerto, que aun no he destapado, y presumo que ha disminuido algun tanto. Quería repetir el experimento de Pococke, echando en ella algunos pececillos del mar, y ver si podian vivir allí; pero habiéndome impedido otras ocupaciones el hacerlo hasta ahora, temo que sea tarde ya.

La luna salió á las dos de la mañana, y se levantó entonces una fuerte brisa que no refrescó el aire, pero que rizó algo la superficie del lago. Las olas cargadas de sal pronto caian por su propio peso, sin azotar casi la orilla. Exhalábase de este lago de muerte un ruido lúgubre, como si fuesen los ahogados gritos del pueblo que se abismó en sus aguas.

Apareció la aurora sobre los montes de Arabia que teniamos al frente, bañando con un hermoso colorido el mar

Muerto y el valle del Jordan; pero tan bella perspectiva solo servia para hacer mas notable el horror de aquellos lugares de desolacion.

El famoso lago que ocupa el sitio donde estuvieron Sodoma y Gomorra, lo llama la Escritura *mar Muerto ó mar Salado*; los griegos y los latinos *Asphaltite*; los árabes *Almotanah* y *Bahar-Loth*, y los turcos *Ula-Degnisi*. No puedo seguir la opinion de los que suponen que el mar Muerto es el cráter de un volcán. He visto el Vesubio, la Solfatará, el Monte-Nuevo en el lago de Fusino, el pico de las Azores, el Mamelife en frente de Cartago, y los volcanes apagados de la Auvernia, y en todos ellos he notado los mismos caractéres, esto es, montañas en forma de embudo, lavas y cenizas, en las que claramente se nota la accion del fuego. Por el contrario, el mar Muerto es un lago muy prolongado, que se encorva como un arco encajonado entre dos cordilleras de montes, que no se parecen ni en la forma ni en la homogeneidad del terreno. No se juntan á los dos extremos del lago, pues por un lado siguen la direccion del valle del Jordan, aproximándose al Norte hasta el lago de Tiberiades, y por el otro van apartándose hasta perderse al Mediodía en los arenales del Yémen. Verdad es que en la cordillera de los montes de Arabia se halla betun, aguas cálidas y piedras fosfóricas; pero no las he visto en la cordillera opuesta. Además de esto, el encontrarse aguas termales, azufre y asfalto, no basta para demostrar la existencia anterior de un volcán: de modo que en este punto no se necesita recurrir á la física, y debemos atenernos al sentido literal de la Escritura. Mas aún, si admitimos la opinion del profesor Michaélis y del sábio Busching en su *Memoria sobre el mar Muerto*, puede recurrirse tambien á la física en la catástrofe de estas ciudades culpadas, sin

oponerse á la religion. Sodoma estaba edificada sobre minas de betun, como se sabe por el testimonio de Moisés y de Josefo, que hablan de los pozos de betun del valle de Siddim. El rayo del cielo inflamó estas minas, y las ciudades se hundieron en este incendio subterráneo. Mr. Malte-Brun sospecha que los edificios de estas ciudades podian haber sido de estas piedras bituminosas, y que se incendiaban con el fuego lanzado del cielo.

Strabon habla de trece ciudades sepultadas en el lago Asphaltites; Estévan de Bizancio cuenta ocho, el *Génesis* nos dice que habia cinco ciudades *in valle silvestri*, que son Sodoma, Gomorra, Adam, Seboim y Bala ó Segor, pero solo indica las dos primeras como destruidas por la cólera de Dios; el *Deuteronomio* cita cuatro: Sodoma Gomorra, Adam y Seboim; y la *Sabiduría* cuenta cinco, sin nombrarlas: *descende igne in Pentapolim*.

Habiendo observado Jacobo Cerbo que caen en el mar Muerto siete grandes corrientes de agua, concluyó Relando que este mar espelia sus aguas sobrantes por medio de algunos canales subterráneos. Sandy y algunos otros viajeros adoptaron la misma opinion; mas esta no se sigue en el dia, en vista de las observaciones del doctor Halley acerca de la evaporacion; observaciones admitidas por Shaw, el cual dice, no obstante, que el Jordan vierte al dia en el mar Muerto una cantidad de agua igual á seis millones noventa mil barricas, sin contar las aguas del Arnon y de otros siete torrentes. Muchos viajeros, entre ellos Troilo y d'Arvieux, dicen haber visto ruinas de murallas y de palacios en las aguas del mar Muerto, lo cual confirman Maundrell y el padre Nau. Los antiguos son mas esplícitos sobre este punto: Josefo, que se sirve de una espresion poética, dice que se descubren á las orillas del lago

las *sombras* de las ciudades destruidas. Strabon da sesenta estadios al circuito de las ruinas de Sodoma: Tácito habla de ellas: yo no sé si existen todavía, pues no las he visto; pero como las aguas del lago suben ó bajan, segun las estaciones, pueden ocultar ó descubrir alternativamente los esqueletos de las ciudades nefandas.

Observaciones mas esactas han desvanecido otras maravillas que se contaban del mar Muerto. Sábese en el dia que los cuerpos sobrenadan ó se sumergen en ellas, segun las leyes de la gravedad de estos mismos cuerpos y del agua del lago. Los vapores pestíferos que exhalaba, segun se decia, se reducen á un fuerte olor de marengo, ó humaredas que producen ó siguen á la emersion del asfalto, y á nieblas, dañosas en verdad, como todas. Si los turcos permitiesen llevar un barco desde Jaffa al mar Muerto, no hay duda que se podian hacer en el lago descubrimientos muy curiosos. Los antiguos lo conocian mejor que nosotros, como se puede ver en Aristóteles, Strabon, Diodoro de Sicilia, Plinio, Tácito, Solino, Josefo, Galeno, Dioscorides y Estévan de Bizancio. Nuestros antiguos mapas presentan mejor su figura que los modernos. Hasta ahora el único que ha recorrido sus orillas por todas partes es Daniel, abad de San Sabas, cuya relacion copia Nau en su viaje, y por él sabemos "que el mar Muerto se separa al fin en dos, teniendo un camino por donde se pasa, llegando el agua á media pierna, á lo menos en verano; que allí se levanta el terreno, y circuye á otro lago pequeño, de figura redonda, algo ovalada, y cercada de llanuras y montañas de sal; y que aquellos campos están poblados de innumerables árabes, etc." Casi lo mismo dice Nyembourg, y de estas noticias se valieron el abate Mariti y Mr. de Volney. Es de

creer que tengamos otras noticias positivas cuando se publique el viaje de monsieur Seetzen.

Apenas habrá un lector que no haya oido hablar del famoso árbol de Sodoma, ese árbol, que segun dicen, produce unas manzanas de muy hermosa vista, pero amargas al gusto y llenas de cenizas. Tácito, en el quinto libro de su *Historia*, y Josefo, en su *Guerra de los judios*, son, á mi parecer, los dos primeros que han hecho mencion de esta fruta singular del mar Muerto. Foulcher de Chartres, que viajaba por la Palestina por el año 1100, vió estas manzanas engañosas, y las comparó á los placeres del mundo. Desde entonces unos como Ceverio de Vera, Baumgarten, (*Peregrinationes in Ægyptum, etc.*), Pedro del Valle (*Viaggi*), Troilo y algunos misioneros, confirman lo que dice Foulcher; y otros, como Relando, el padre Neret y Maundrell, se inclinan á creer que este fruto no es mas que una imágen poética de nuestros goces ficticios, *mala mentis gaudia*; y otros, en fin, como Pococke, Shaw, etc., ponen en duda absolutamente su existencia.

Amman parece cortar la dificultad, pues describe el árbol, diciendo que es semejante al espino blanco ó pirlitero. "El fruto, concluye, es una manzana pequeña de un color hermoso, etc."

El botánico Hasselquist lo contradice, asegurando que la manzana de Sodoma no es el fruto de un árbol ni de un arbusto, sino del *solanum melongena* de Linneo. "Se hallan muchas cerca de Jericó, en los valles contiguos al Jordan, en las cercanías del mar Muerto: verdad es que á veces están llenas de polvo; pero esto solo sucede cuando las entra un insecto (*tenthredo*), que convierte en polvo todo lo interior, dejando solo entera la piel, y sin perjudicar nada el color."

Con esta autoridad, y la mayor aún de Linneo en su *Flora Palestina*, parecería decidida la cuestión. Pero nada de eso: Mr. Seetzen, que también es un sábio, y el más moderno de todos estos viajeros, como que actualmente recorre la Arabia, no conviene con esta opinión, y dice: "Vé durante mi permanencia en Karrak, en casa del cura griego de esta ciudad, uno especie de algodón semejante á la seda, y me dijo el cura que se hallaba en la llanura de El-Gor, á la parte oriental del mar Muerto, en un árbol semejante á la higuera, y cuya fruta se parece á la granada, y se llama *Aoéscha-éz*. Dentro no tiene carne, ni es conocida en lo demás de Palestina, y creí que pudiese ser muy bien la famosa manzana de Sodoma."

Entre tantas dudas, también creo que yo he encontrado esta fruta tan buscada; el arbusto que la produce crece en todo aquel terreno, que está á dos ó tres leguas de la embocadura del Jordan: es espinoso, y sus hojas son delgadas y menudas; es muy parecido al que describe Amman, y su fruta es en el color y figura como un limoncillo de Egipto. Cuando aun no está madura, se halla llena de una sávia corrosiva y salada, y cuando está seca de una semilla negruzca, que podemos comparar con las cenizas, y su gusto al de una pimienta amarga. Cogí una media docena de estas frutas, y aun tengo cuatro secas y bien conservadas que pueden fijar la atención de los naturalistas.

Empleé dos horas enteras (día 5 de Octubre) en pasear por las orillas del mar Muerto, aunque los betlemitas me instaban á salir de aquellos sitios peligrosos. Quería yo ver el Jordan en el mismo lugar en que desagua en el lago punto esencial que solo ha reconocido Hasselquist; pero los árabes se negaron á acompañarme, porque el río á una legua de su embocadura da una revuelta sobre la izquierda

y se aproxima á las montañas de Arabia. Hube de contentarme, pues, con dirigirme al recodo del río que estaba más inmediato. Levantamos el campo y caminamos hora y media con mucha incomodidad por una arena blanca y muy menuda. Nos acercábamos á un bosquecillo de árboles de bálsamo y tamarindos, lo que no dejó de causarme novedad en un terreno tan estéril. De repente se pararon los betlemitas, y me señalaron con la mano en el cauce profundo de una rambla alguna cosa, en la que no había reparado. Acerquéme á un objeto tan extraño, y ví un río amarillo que apenas distinguía de la arena de sus orillas; iba muy hondo y encajonado, y sus espesas aguas se movían con lentitud: este era el Jordan.

Yo había visto los grandes ríos de América con aquel placer que inspira la soledad y la naturaleza: con ansia me había acercado al Tíber, y con la misma busqué el Eurotas y el Cefiso; pero no puedo explicar lo que sentí al ver el Jordan. Este río no solo me recordaba una antigüedad famosa, y uno de los nombres más bellos que la más bella poesía ha confiado á la memoria de los hombres, sino que sus orillas me presentaban aquellos parajes en que se obraron los milagros de mi religión. La Judea es el único país del mundo que recuerda al viajero las cosas humanas mezcladas con las divinas, produciendo de este modo en lo profundo del alma, pensamientos que ningún otro país puede inspirar.

Los betlemitas se desnudaron y se metieron en el Jordan; yo no me atreví á hacerlo, porque aun me duraba la calentura; pero me postreé de rodillas con mis dos criados y el dragoman del monasterio. Como se me había olvidado llevar una Biblia, no pudimos leer los pasajes del Evangelio pertenecientes al sitio en que nos hallábamos; pero el